

JULIO MOLINA L.
JUAN A. ARAYA
SELVA LIRICA
ESTUDIO SOBRE
LOS POETAS
CHILENOS

SELVA LIRICA



ALVARO OSPINA 2011 JUN 2008

E. L. MELENDEZ O.

ESTUDIOS SOBRE LOS POETAS
CHILENOS POR JULIO MOLINA
NUNEZ Y JUAN AGUSTIN
ARAYA (O. SEGURA CASTRO).

Juana Inés de la Cruz



A rivalizar con los portaliras de este país llegaron *Gabriela Mistral*, Victoria Barrios, Olga Azevedo, Berta Quezada, Aída Moreno Lagos, Juana Inés de la Cruz. (Este último es un pseudónimo que nada tiene que ver con el nombre de la sermoneadora sor y poetisa mejicana).

Autora del volumen lírico *Lo que me dijo el silencio...* (1915): Juana Inés de la Cruz explota el tema mínimo. Escancia en vaso pequeño. No preguntéis si hay corrección académica en sus versos. A propósito de este libro, un crítico palmetario podría aprovechar la ocasión para escribir un severo estudio sobre infracciones a la gramática y a la retórica. Pero no es eso lo que honradamente debe aquilarse en un primer libro de juventud que es a la vez fruto de inexperiencia. En estado embrionario, si se quiere, en las cándidas páginas de este libro flota algo que es como la exigua exteriorización de un estro romántico que planea del amor y de la vida en un tono elegíaco, semejante al de Juan Ramón Jiménez.

Juana Inés de la Cruz habla, a media voz, de un romance casi platónico, casi extraterreno. Su frase es titubeante; pero entraña el germen de un estilo nutrido de expresiones vagas, imprecisas, como la sensación que ella trata de producir de lo misterioso, de lo indefinible. Su literatura es aún reminiscente; pero ya se diseñan en ella muñones de alas propias.

Gabriela Mistral, ya consagrada, posee un estilo varonil; Juana Inés de la Cruz, incipiente aún, es intensamente femenina.

En 1915 publicó *Horas de Sol*, colección de prosas breves.

El llorar de un crepúsculo
viene a mí estremeciéndome
con temblores de estrella
y rumores de fuente.

Palidecen las rosas...
Vagas incertidumbres
me cogen, lentamente,
y en su regazo me hunden.

Pienso en el desflorado
amanecer de un sueño
que refleja sin fiebre
la luna de un espejo...

*

Un puñado de rosas
nos lanzaron al rostro
la juventud, la vida
y nuestros sueños de oro.

Marchitaron las rosas
y todas sus espinas
clavadas se quedaron
en nuestras hondas vidas.

*

Todas mis inquietudes
audazmente sinceras
en estos versos, hijos
de mis buenas quimeras,
dirán cómo he cambiado
de aquel ayer a hoy;
amé, lloré, reí,
canté a un justo dolor.

Y voy a la conquista
de un nuevo Vellochino.
Te espero en el cercano
recodo del camino.

